

## Capítulo V

### LOS INDIOS CRISTIANIZADOS DEL INTERIOR. SU SITUACIÓN Y CARÁCTER. LAS PENURIAS QUE SE LES IMPONEN. DESEO DE VENGANZA

TANGUR, EN LA PARROQUIA DE CAINA, en el Departamento de Junín, es uno de esos pueblos tan comunes en las elevadas laderas que dominan los valles templados del interior del Perú. En este pequeño pueblo, nos informa un caballero que durante muchos años lo visitó en su condición de cura, existen dos municipios distintos y cada uno posee su iglesia y su sacerdote por separado.

Estos pueblos divididos que hablan la misma lengua, el quechua, no se asocian en conjunto ni celebran sus festividades religiosas en fechas similares. El origen de tal separación de intereses, según informa la tradición, se remonta a la época de los incas. Durante el incanato se le ordenó a algunos reos de Quito establecerse en este lugar y formar una familia distinta la cual se ha mantenido a lo largo del tiempo sin mezclar nunca su sangre con la de sus vecinos, ni entrar en comunidad ni alianza con ningún otro pueblo. Esta práctica es tan común como aquella adoptada por ciertas comunidades remotas del interior donde todos los hombres participan de la construcción de puentes para el bien común o la edificación de casas para comodidad de los individuos: un grupo lleva las piedras y el tepe, otro construye los muros, un tercero acarrea vigas desde los lejanos bosques<sup>1</sup> y un cuarto monta

---

1. Como no hay disponibles árboles de tamaño suficiente para los fines propuestos, hemos visto a unos cien hombres agotar sus fuerzas arrastrando un árbol por

el tejado, etc. La unanimidad de dicho caso y su ausencia en Tanguar, son igualmente característicos de ese amor con que los indios cultivan las costumbres de sus antecesores en todas las cosas. No aprueba para nada la innovación; en su condición no ha conocido todavía ningún mejoramiento ni duradero ni estable, y no desea para nada el cambio. En sus prejuicios locales, hábitos y ocupaciones cotidianas, solo piensa, siente y actúa exactamente como otros lo hicieron antes de él. Si la revolución general ha sido, en cierto grado, útil para el pobre indio ignorante del Perú, quien ya ha pasado del efímero entusiasmo patriótico a hundirse en la abyección de un despotismo militar; esto realmente ha mejorado sus expectativas, al menos por un momento, pues lo ha despertado de su habitual apatía para atender las preocupaciones generales y las comodidades de la vida, abriendo ante sus ojos una gama más amplia de modelos y anhelos, y, además, ha logrado romper la rutina hereditaria de sus costumbres y hábitos, a los cuales, hasta ahora, se ha adherido con la constancia invariable del mero instinto. Los indios cristianizados de la dinastía inca, cuya lengua nativa es el quechua (pues ahora no estamos hablando de los salvajes o semicristianizados panos ni de otras tribus nómadas de la *montaña*), son vistos como una raza indolente; sin embargo, hemos tenido la oportunidad de saber que sus esfuerzos crecerán cuando la perspectiva del mejoramiento de su condición se expanda, y que, en general, su trabajo se realiza de una manera indolente cuando les resulta obligatorio o improductivo. También hemos podido conocer que cuando trabajan por *tarea* o por *pieza*, y están seguros de recibir su salario, lo hacen sumamente bien. En sus pequeñas fincas son muy buenos trabajadores, y si no fueran tan asiduamente asaltados por los enemigos de la industria, el resultado se vería en su creciente prosperidad. Aquellos que los tiranizan también los acusan de ociosidad, duplicidad y una disposición natural perversa. A tales personas nos permitimos preguntarles: ¿han

---

medio de lazos desde profundas quebradas y hoyas. Este desperdicio de energía podría evitarse fácilmente con el auxilio de la polea, la cual no conocen; pero muestran gran habilidad en el uso y manejo del lazo, y cuando se organizan para el acarreo se animan para el esfuerzo con una canción cuyo estribillo es *huasca runa* (¡Hombres, al lazo!).

otorgado alguna vez a los indios algún incentivo racional para ser honestos e industriosos? ¿Han perseverado alguna vez con un trato justo en el experimento de merecer la confianza, de conciliar los afectos o de procurar las simpatías afectuosas de estos hijos más humildes del suelo? ¿Qué virtud excepto la paciencia, se les ha permitido manifestar durante la opresión española (¡ojalá fuera esto mitigado con el sistema patriota!) cuando sus amos les proporcionaban lo básico para vivir solo en los términos que a ellos se les antojara, y cuando los indios no podían obtener propiedad, por mucho que redoblaran su labor, pues en general el fruto de su trabajo no les pertenecía?

En su mayoría, los indios son un pueblo de agricultores, pues casi todos viven del cultivo antes que del pastoreo o de cualquier otra ocupación. En el clima templado del interior, muchas de las nuevas aldeas eran, no hace muchos años, grandes fincas en posesión de los europeos o de sus descendientes criollos; sin embargo, luego de la revolución, los trabajadores liberados como consecuencia de la confiscación de los bienes y propiedades de sus amos fugitivos o arruinados, han continuado cultivando la tierra para su propio sustento, hasta que, paulatinamente, sus familias han crecido en las aldeas, y a la larga han asumido el rol importante de municipalidades. Con unos pocos años de paz sin interrupciones y la exención de indebidos tributos, las pequeñas aldeas pueden, de este modo, crecer y convertirse en pueblos considerables, siempre que la localidad permita el suficiente espacio para la agricultura. Pero, como ocurre con frecuencia, el caserío indio se levanta sobre un pináculo, o en la cima de un cerro, rodeado por un suelo poco adecuado para la expansión de la industria agrícola. En consecuencia, el padre divide y subdivide la misma parcela de tierra entre el creciente número de su prole, hasta que los medios de sustento se vuelven demasiado escasos para alimentar a toda la familia, y, los supernumerarios deben buscar empleo en las minas o en otras partes.

Las artes mecánicas son de poca necesidad para los indios quienes construyen sus propias chozas, y, con la excepción de sus toscos sombreros de fieltro, confeccionan su propio vestuario, el cual, en épocas de calor, se compone de sandalias de cuero sin curtir, calzones o pantalones anchos o hasta la rodilla, una camisa, chaleco y a veces una chaqueta, y encima de todo un poncho. En las localidades expuestas

al frío, como Cerro de Pasco, siempre usan medias calientes de lana y una chaqueta, sin omitir el poncho que constituye el abrigo indispensable, tanto de día como de noche, de toda la sierra. Además de la falta de una asistencia médica eficiente, y los efectos ocasionalmente destructivos de las enfermedades epidémicas, otra desventaja mencionada con frecuencia que impide el crecimiento de la población india ha sido una pasión excesiva por los licores embriagantes. Esta propensión actúa con fuerza en el minero, ubicado, como está, en localidades frías y altas, donde frecuentemente se expone a la humedad subterránea, a la nieve o a la helada nocturna. Aquí, la acción de la bebida embriagante, sobre todo cuando la frecuentan aquellos no nacidos en las regiones muy altas, reforzada por los efectos usuales de una atmósfera muy enrarecida, y otras causas de un carácter menos general, tiende, en gran medida, a acortar la vida humana. Pero, en los valles cálidos y templados que se intercalan entre la costa y la cordillera, este vicio no prevalece de modo alguno como en las minas, donde circula el dinero libremente y se encuentra todo tipo de tentaciones. Pues aunque el aguardiente, el guarapo y la chicha abundan en tales lugares, no debe olvidarse que los peones o jornaleros de estos climas privilegiados rara vez tienen reales para gastar, y que, cuando no tienen dinero, su crédito no se extiende tanto como para permitirles embriagarse asiduamente. Durante unos tres años, pocas veces tuvimos menos de una docena, a menudo eran unos cincuenta o sesenta, de estos indios trabajando bajo la supervisión de un mayordomo, y, excepto alguna fiesta o día del santo patrón, no recordamos haber recibido queja alguna con relación a la embriaguez. Usualmente, se declara que el libertinaje constituye una causa adicional de la despoblación entre todas las castas y clases del Perú; pero, cualquiera que sea la verdadera explicación del hecho, pensamos que los males originados de tales fuentes de deshonestidad se manifiestan poco en la constitución del indio. Y aunque una estricta regularidad de conducta no puede ser reivindicada por parte de la familia india, la modestia de las antiguas mamaconas todavía es recordada entre ellos, y constituye una característica que hasta hoy distingue honorablemente a los indios de sus amos más cultivados: entre ellos la infidelidad conyugal se disuade, castiga y es considerada como un crimen.

Hoy en día, la guerra incesante y las conmociones internas al fomentar una continuada agitación son tan destructivas y desoladoras para los aborígenes del Perú y para la industria y prosperidad general del país, como lo fue anteriormente el sistema compulsivo de trabajo en las minas y manufacturas (*obrages*) bajo el dominio español. El espíritu faccioso y sedicioso que se ha generalizado en la República constituye una excusa para un ejército permanente que, a su vez, se convierte en el fértil vivero o, al menos, el frecuente instrumento de la facción; y, lo que es peor, el libertinaje militar está penetrando rápidamente en todas las clases de la sociedad, y destruyendo las únicas bases verdaderas de la población: los hábitos y virtudes domésticos y la sencillez del estilo de vida. No volveremos a ocuparnos de estas causas, conocidas como las principales razones de la despoblación del Perú; sin embargo, antes de abandonar el tema, debemos mencionar que durante un pleito donde la cuestión en disputa debía ser decidida, en parte, por la evidencia de una tradición de antigua práctica, un cierto número de testigos de edad muy avanzada en el valle de Huánuco fueron llamados para dar testimonio. Entre ellos, varios tenían entre setenta y noventa años de edad, y, a excepción de uno de origen europeo, afectado de ceguera por la edad, todos eran ancianos de longevidad antediluviana y, por lo general, de raza india.

Debemos notar que estos indios, aunque han sobrellevado por siglos la opresión con la silenciosa mansedumbre del cordero destinado al sacrificio, de ningún modo carecen de sentimientos de ternura doméstica, ni son insensibles a los lazos naturales de parentesco y patria, de la cual son violentamente arrebatados cuando se les lleva como reclutas. Errantes de su suelo nativo, dondequiera que el servicio público o la voluntad de un usurpador lo decida, rumian la pérdida de su alegre libertad, de sus simples costumbres y de los gozos pacíficos que una vez fueron suyos, cuando pastaban sus rebaños y cultivaban el maíz y las calabazas. En un hospital, en la costa, hemos visto a uno de estos pobres hombres incapaces de decir una frase en castellano al médico que le prescribía su curación, y en unos cuantos casos extremos, la desesperación ahoga las energías vitales y un amor sin esperanza por el hogar agota sus espíritus. Hemos observado a un muchacho muy joven afectado de tal manera que rechazaba la comida y los remedios, hasta

que en su pena silenciosa expiró víctima de la nostalgia o añoranza de su terruño y con un corazón roto. Descubrimos que estos seres desventurados, cuya devoción a los primeros lazos y vinculaciones manifiesta la calidez y fidelidad de sus afectos, aunque guardados bajo un exterior aparentemente desapasionado y frío, son realmente reservados pero inteligentes; y, cuando no se encuentran bajo una agitación desusada, su ánimo sin ser alegre es sereno. Su porte exterior siempre nos pareció solemne, e incluso triste; aunque esto puede ser un efecto parcial del escenario grandioso y sublime, tan familiar a su vista, que imparte una actitud seria y contemplativa a los pensamientos del montañés, e influencia sus sentimientos morales de tal manera que sella, con un cierto aire de gravedad mental, su conducta y su expresión. Como individuo, el indio es tímido y antes recibirá un coscorrón que dar uno, pero cuando se reúnen para apoyarse mutuamente, se les ve luchar con la mayor valentía; y como el buey pacífico, cuando ve derramar la sangre de uno de los suyos, todos a la vez se vuelven terriblemente bravos. Hemos podido apreciar batallas audaces y sangrientas entre recios grupos de indios mineros en Cerro de Pasco, armados para el combate con hondas, piedras y palos. Asimismo, en las fiestas, cuando se enardecen con la bebida o están furiosos por la rivalidad, se hieren y atacan uno a otro; y la mujer india de apariencia dócil y regordeta se vuelve igualmente fiera y vehemente si en la pelea alguien le corta una trenza de su largo y grueso cabello negro, pues el corte de estas trenzas constituye una marca odiosa de deshonor femenino, al cual las mujeres de todas las castas del país —excepto las negras y mulatas de cabeza lanosa, a quienes la naturaleza no ha dotado de estos ornamentos— son extremada y dolorosamente sensibles.

El indio posee el coraje de sabueso pues, como estos simpáticos animales, lucha mejor en grupo que individualmente. Por ello, su temple militar llega bastante alto y un regimiento de indios, cuando es dirigido por valientes oficiales, como ocurrió durante la guerra de la independencia peruana, de seguro que resulta indomablemente valeroso y resistente. Los soldados zambo y negro de la costa, cuando se les exige una marcha rápida en la sierra, son capaces de hundirse con la presión de la fatiga unida al aguijón del frío y las privaciones inevitables, a las que han estado poco acostumbrados en los cálidos

y húmedos potreros o cercos cerca del mar. Sin embargo, el soldado indio de infantería es superior a tales obstáculos y con el solo sustento de una bolsa de coca, y otra bolsa de maíz, continuará su marcha hasta donde la llama pueda mantenerse en pie: sobre la saliente de un risco, o sobre los escarpados recodos tan agrestes y enclaustrados desde los que escapan las aves del cielo. Pese a estar ocupado en largas marchas forzadas por montañas y valles agrestes, uno de estos nativos activos y sufridos, aunque rara vez se queda atrás por la pura fatiga, aún no ha olvidado hasta tal punto la sombra de su higuera en el seno del valle o su airosa casa en alguna lejana aguilera, pues de allí fue sacado a rastras, encadenado como para no sollozar secretamente por su nido nativo. Y en las largas marchas por el interior, el general o comandante que no sea singularmente vigilante o querido de modo poco común, teme más que el indio pueda desertar en el camino antes que lo haga al entrar en combate con el enemigo.

En todos los pueblos de los valles, el blanco vagabundo y el canallesco mestizo tienen *padrinos* o amigos de reducida autoridad que pertenecen a su casta. Tales *padrinos* ocupan el cargo de capitán de voluntarios, gobernador o alcalde o, incluso, un rango inferior; pero el indio más industrial, que cultiva su propia parcela de tierra y trabaja pacíficamente para criar su pequeña prole de desventurados hijos, es constantemente víctima de la opresión. Este útil ciudadano, quien, precisamente, no le debe ni un peso a ningún hombre de influencia, se encuentra desprotegido ante un posible abuso de poder del coronel o subprefecto del distrito, no tiene *arrimo* ni apoyo poderoso ni amigo ni protector para defender su causa ante las autoridades, a quienes, aunque el gobierno les ordena alistar solo a los ociosos y viciosos, se les ve diariamente sacrificar con insolencia e impunidad la justicia y el deber a la malicia y al capricho. Los habitantes nativos, por tanto, son perseguidos y sacados de sus casas o de las cuevas y refugios donde han procurado ocultarse. Arrebatados de sus desventuradas y empobrecidas familias, llevados como reclutas en cada nueva leva de conscriptos. Terminan conducidos como esclavos de galera y, después arrastrados, formando una desesperada y desgraciada multitud, de los recodos y valles del interior a la costa, o a otras partes, según las circunstancias lo requieran, para morir allí de tercianas o disentería; y, si

sobreviven a los efectos habituales de los grandes cambios de clima y dieta, son duramente entrenados para el ejercicio de la guerra.

Según una ley del país, contenida en un artículo de la Constitución, las garantías ciudadanas serán suspendidas para el vagabundo declarado, el tahúr, el ebrio, y el hombre que sin razón abandone a su esposa o esté divorciado debido a su mala conducta. Aunque el rico y el influyente, cuando les place, pueden evadir tales leyes, el indio del interior es sometido a peculiares penalidades al ser capturado por un soldado porque, supuestamente, está *malcasado* o cohabita con una mujer con la que, previamente, no se ha unido en sagrado matrimonio. De este modo, la justicia que lo castiga es imparcial porque dicho delito está casi condonado por la práctica de sus superiores. Esta pobre gente se junta en parejas naturalmente, y a una edad temprana, y pensamos que con frecuencia su unión se haría más estrecha con el matrimonio si pudieran permitirse. Sin embargo, los honorarios del cura para la realización de una ceremonia matrimonial o funeraria varían según la casta y tez de los implicados. Los honorarios por casar a un indio son más bajos que los asignados para el matrimonio de un *mestizo*, y el hombre blanco paga más que los otros dos. En consecuencia, frecuentemente, resulta difícil determinar la clase del futuro novio, y el cura, a veces, puede ser inducido a elevar al indio lampiño al rango del *mestizo* de barba rala, y este último abriga en su persona la gran ambición de ser considerado un *hombre blanco*. El pobre agricultor indio de la sierra trabaja arduamente para proveerse de coca,<sup>2</sup> de una

- 
2. Para el indio del interior, la hoja de coca es indispensable para la vida, la cual consume a ratos y así renueva sus energías para nuevos esfuerzos musculares. En los intervalos de su trabajo suele sentarse a *chaccha* o a reponerse masticando coca mezclada con cal, que siempre lleva consigo en un maticito. La cal es utilizada en muy pequeña cantidad cada vez, pero en un estado pulverizado y escarótico. Según el indio, evita que la coca dé lugar a una obstrucción de las vísceras. Consumida en poca cantidad, la coca, cuando es fresca y buena, aumenta la energía nerviosa, quita la somnolencia, levanta el ánimo, y capacita al indio a soportar el frío, la humedad, el gran esfuerzo físico e incluso la falta de alimento en un grado asombroso, con aparente facilidad y sin consecuencias. Consumida en exceso, se dice que ocasiona temblor en las extremidades y lo que es peor un tipo lúgubre de manía. No obstante, tales efectos nefastos deben ocurrir rara vez, ya que, viviendo

azada y de un machete, herramientas con las que generalmente trabaja y, en realidad, rara vez tiene a mano los pesos suficientes que le permitan pagar, aun, la tasa más reducida de los derechos matrimoniales. Entonces, aquel que no puede pagar al sacerdote para que lo case de manera cristiana, piensa que puede imitar a otros que lo rodean, cuyo ejemplo sería digno de imitación, e ignorante del lenguaje que la sagrada escritura dirige a su conciencia, contrae un matrimonio sancionado por la costumbre, aunque no por la religión.

Otra penalidad de la situación del indio es que, a menudo, tiene graves problemas para pagar el tributo acostumbrado o la tasa de capitación, de la cual ni siquiera el reservado está siempre exento; aunque el Tesoro profesa no recibir contribuciones de los ancianos. Cuando residíamos en el valle de Huánuco, venían a nosotros hombres desde la lejana provincia de Conchucos a implorar que les diéramos trabajo y que les pagásemos no en productos sino en dinero, muy escaso en Conchucos, para poder volver con unos cuantos pesos y así satisfacer al recaudador del tributo, no menos inexorable en sus demandas de lo que el corregidor solía ser al exigir el tributo real. En la costa, el salario de un jornalero puede ser de seis reales a un peso, según las circunstancias, pero en las partes remotas del interior, como en la provincia a la que nos hemos referido, los salarios son muy bajos, un real o seis peniques por día. En Huánuco, el salario es nominalmente de tres reales al día, pero aquí los hacendados lugareños, generalmente, les abren cuentas a crédito a sus jornaleros, a quienes proporcionan artículos como ropa, licores, maíz, coca y, en algunos casos, tabaco; aunque los nativos de la costa consumen más el cigarro, y no la coca, como lo hace el agricultor indio. Con este modo de gestión, por lo común, el hombre pobre se precipita, antes de adquirir conciencia de ello, al endeudamiento con su empleador y, muchas veces, permanece atado y virtualmente convertido en un esclavo durante el resto de su vida; mientras

---

en las proximidades de la *montaña*, y en constante relación con indios yanaconas o jornaleros y con personas acostumbradas a frecuentar las plantaciones de coca, quienes, jóvenes o viejos, masticaban su hoja favorita, nunca tuvimos oportunidad de presenciar ni un solo caso en que un masticador de coca fuera afectado por la manía o el temblor.

que los hijos que lo suceden están obligados a asumir la carga con la que su padre bajó a la tumba. Pero el mismo sistema aplastante complica, incluso, a la clase superior de hombres que son considerados con respeto en su propia humilde esfera, y que pueden agregar el prefijo de *don* como brillante introducción a su nombre. También son víctimas de la costumbre ruinosa y los ritos supersticiosos, pues se les exige por turno solventar los gastos de ser mayordomos de las fiestas que se celebran en honor del santo patrón de la aldea a la que pertenecen.

Con el fin de solventar el gasto de estas diversiones públicas, en muchos casos, los mayordomos tienen no solo que gastar todos sus ahorros, sino además endeudarse y agotar su crédito con los vendedores de frutas y confituras, con el carnicero, el panadero, el destilador y las *chicheras*, mujeres que hacen la cerveza del país y venden la malta, llamada *jora*, hecha del maíz. En suma, un mayordomo de un festival en una aldea de cierta consideración sale bien parado si con unos 150, 200 o 300 pesos logra pagar su parte de la fiesta y procesión de la celebración anual. Para solventar el fasto de un día de entusiasmo religioso ebrio y derrochador en honor de un santo predilecto, estos hombres neciamente se complican. Por ello, terminan sepultados en una montaña de deudas y arrastran a su familia a tal vergüenza la cual destruye tanto su tranquilidad como su independencia, y conlleva a una legión de males que brotan naturalmente de tales circunstancias degradantes. Nosotros mismos hemos empleado en el desmalezamiento de nuestros cañaverales a una familia honesta y trabajadora reducida así a grandes privaciones, que los hijos solo pueden superar, tras la muerte de un padre industrial, mediante la prudencia, perseverancia y laboriosidad y el apoyo amigable de su empleador.

Para concluir con estas observaciones sobre la condición del indio, hemos mostrado que el mal ejemplo de los superiores, los abusos religiosos, las exacciones del recaudador de contribuciones y también del sacerdote (a quien, el Estado debería librar de la degradante necesidad, dándole un ingreso adecuado sacado de los diezmos de los que se ha apropiado para sí), la arbitrariedad de los gobernadores, alcaldes y capitanes de la aldea, junto con la inquieta y petulante ambición de los déspotas militares que no dan reposo al país, tienden a hacer de la raza india —que forma el grueso de la nación peruana— insegura

de sus personas y propiedades, desconfiada y temerosa en su carácter, degradada en lo moral y herederos directos de la servidumbre civil y religiosa.

Los curas que residen en los valles serranos y en las profundas quebradas están convencidos, porque conocen el sentir de sus rebaños, que cuando llegue el día en que estos hombres sin educación, habitantes de los cerros, entiendan cuáles son sus derechos políticos y cuál su fuerza física, y sean dirigidos por audaces y sagaces jefes de su propia sangre y raza, vengarán terrible y cruelmente sus agravios en todos los *advenedizos*, ¡extranjeros todos!, esto es, ¡en sus opresores blancos y los negros intrusos!<sup>3</sup>

- 
3. Los blancos ya han tenido un anticipo de esta venganza en La Paz, donde —según nos informan— todo hombre blanco fue masacrado. Se dice que los indios miman la esperanza de ver todavía a un príncipe de su propia raza en el trono; y tal ha sido su desconfianza de los blancos, bien fundamentada ahora, que nunca han revelado dónde se encuentran todos sus tesoros y los de los incas, que fueron enterrados tras la muerte de Atahualpa. Esto es un secreto para todos excepto para unos cuantos caciques escogidos. Unos años antes del inicio de la guerra de la independencia del Perú, tuvo lugar un levantamiento entre los indios de algunas de las provincias del interior, dirigidas por el cacique llamada Pomacagua, pero dicha insurrección pronto fue sofocada. El implacable Ramírez no creyó que Pomacagua conociera el lugar donde se ocultaba el tesoro real al que nos hemos referido, y su ofrecimiento de revelarlo por lo que, finalmente, fue fusilado.